

De la normalización a la regulación

El proceso de regularización extraordinaria que se acaba de cerrar supone, junto con el nuevo reglamento (del que tan poco se ha hablado), la gran apuesta de la nueva política migratoria del Gobierno socialista. Es pronto todavía para evaluar aspectos decisivos del mismo, a pesar de lo cual podemos avanzar algunos datos relevantes.

Es cierto que ha sido un proceso singular, donde desde antes de su puesta en marcha han existido importantes contradicciones e imprecisiones, que no ha sacado a la luz la totalidad de la inmigración irregular vinculada a la economía sumergida. Pero hay que reconocer por encima de todo que para nuestra sociedad, para la convivencia y su economía, los cientos de miles de personas que finalmente formalicen su contrato y consigan incorporarse a nuestra sociedad como ciudadanos con derechos y deberes, supone un balance extraordinario, inmejorable. Deberíamos pensar en la línea tan débil que separa a la situación de regularidad de la irregularidad en los inmigrantes, y que en muchas ocasiones obedece a simples decisiones políticas y caprichos administrativos.

Esta regularización era imprescindible, ya que la situación a la



CARLOS GÓMEZ GIL

que se había llegado con la extensión abusiva de una gigantesca economía sumergida vinculada a

la explotación de inmigrantes irregulares exigía de una respuesta decidida. La herencia migratoria del PP, tan caótica como inconsecuente, se orientó en tres ejes básicos, como eran utilizar la inmigración como factor electoralista generando espacios de xenofobia institucional en muchas administraciones, dejar que fuera la economía quien libremente se

encargara de «acomodar» a los inmigrantes que iban llegando para alimentar así una economía en crecimiento, y aplicar una visión meramente documental y policial sin desarrollar políticas sociales, integradoras o de convivencia. Los 4 procesos extraordinarios de regularización realizados por los populares son la demostración palpable de este caos,

pero también de un cierto cinismo institucional, ya que sabían que estaban alimentando gigantesco bolsas de irregularidad para facilitar a muchos empresarios desaprensivos abundantes trabajadores en situación extremadamente precaria. Bueno será que se trate de evitar en el futuro una bolsa de inmigrantes irregulares tan gigantesca como la que se había creado tras ocho años de gobierno del PP.

Sin embargo, a la luz de las nuevas cifras presentadas por el INE, el total de inmigrantes acogidos a este proceso supone un 40% de todos los inmigrantes sin papeles existentes en España, de forma que sigue existiendo una bolsa importante de extranjeros en situación de irregularidad, cercana al millón de personas. Y los datos para Alicante merecen un análisis mucho más sereno del que se nos está ofreciendo. Por un lado, Alicante reúne unos 187.886 extranjeros en situación de irregularidad, de los cuales se habrían acogido al proceso unos 44.000, lo que significa un 23% de todos los sin papeles de la provincia. Si tenemos en cuenta que el número total de irregulares en Alicante supone el 9,5% de todos los existentes a nivel de toda Es-

(Sigue en la página 32) ➔



Rajoy se afilia al PP

El ciudadano puede sentirse anonadado por el torrente de palabras que esta semana se han pronunciado en la tribuna del Congreso de los Diputados. La cantidad de asuntos tratados en el Debate sobre el Estado de la Nación puede conducir a alguna confusión. Pero es normal esa sobrecarga: el debate será tanto más vivo en la medida en que consiga reflejar la complejidad, la satisfactoria complejidad, de España. Y habrá quien se sienta angustiado por los excesos polémicos. Creo que la democracia en España está plenamente consolidada y que nuestra cultura política es perfectamente homologable a la media de los Estados occidentales. Pero la sombra del franquismo es larga y no faltarán los que añoren un facilón «póngase de acuerdo todos», como si la historia no nos enseñara que es en la discrepancia y en el conflicto donde la vida democrática aflora, mientras que la unanimidad sólo es posible si de verdad el consenso se construye con paciencia, si todos los actores actúan lealmente en las grandes



MANUEL ALCARAZ RAMOS

cuestiones de Estado... o si hay un cirujano de hierro que impone «su» unanimidad.

Pero una cosa es eso y otra la inmoderación insultante empleada por el líder de la oposición. No se trata de repetir el gastado sonsonete de esperar una «oposición constructiva», sino de resaltar que el uso de las palabras —incluyendo los adjetivos—, la selección de las prioridades y la formulación de los ataques, pueden y deben ajustarse a unos límites implícitos en una ética democrática que exige que la descalificación de las políticas del adversario —en este caso del Gobierno— ni se centren en la agresión personal ni se sitúen en una orilla en la que la racionalidad argumentativa sea sustituida por la apelación a la visceralidad.

Pocas cosas más siniestras he-

mos escuchado en la democracia española que la apelación a la «traición a los muertos» porque esa alusión, aplicada a una hipótesis inventada por el propio PP, carente de base y olvidadiza ante lo que fueron algunos intentos de Aznar, está contaminada porque es Rajoy quien mancha la memoria de las víctimas del terrorismo al utilizarlas en la más baja brega partidista. Porque es posible analizar lo que se debe a esos muertos pero no lo es mezclarlos como fantasmas justicieros en los deba-

tes menudos —por importantes que sean— sobre la financiación autonómica o los límites al desarrollo estatutario. Meter a los muertos en ese «totum revolutum» para rascar en las tripas de los españoles es obscuro y degrada profundamente al que los trae a colación, con esas expresiones y en ese contexto.

Rajoy, sin duda, ha conseguido que se hable de su intervención. Es más, conseguirá, tristemente, que la frase perdure. Que lo haya hecho al precio de anular la posibilidad de aprovechar tan privilegiado momento para esbozar sus apuestas de futuro no debe sorprendernos: esas propuestas, ahora está claro, no existen. El PP es un partido mucho más que desbordado, anda perdido entre las brumas de la angustia vital, enfurruñado con su suerte y anclado en el odio a más de la mitad de los españoles. Y Rajoy se subió al carro de deslegitimar la victoria socialista del 14-M. ¿Hasta cuándo ofenderán a la inteligencia y a la sensibilidad?, ¿hasta cuándo castigarán a la esencia misma de la de-

mocracia que se expresa en votos libres? Me parece, visto lo visto, que hasta que concluya la legislatura. Y, seguramente, la que viene.

Porque Rajoy debe saber que con discursos como el suyo el PP se aleja de la mayoría parlamentaria para entregarse pura y llanamente a la noche negra que es la herencia de Aznar. Pero, débil, prefiere quedarse prisionero de la rabia insensata de los líderes más aciagos que practicar la famosa «oposición fina» que pueda ir convenciendo a votantes. Prefiere crisar y envenenar la convivencia que aportar una contribución crítica y positiva.

Algunos esperaban que Rajoy «sería otra cosa», que iría marcando las diferencias, liberándose de algún abrazo de oso con su bonhomía de tranquilo e irónico fumador de puros. Pero se lo ha comido el oso, se ha tragado el puro y sólo expulsa el humo que indica cómo se le va escapando el tren. En su traición a los vivos anuncia su prematura agonía política. Ahora sabemos que es del PP y qué es el PP. □

Rajoy debe saber que con discursos como el suyo el PP se aleja de la mayoría parlamentaria para entregarse pura y llanamente a la noche negra que es la herencia de Aznar